

Hacia una lógica inclusiva

La inclusión no tiene que ver sólo con leyes o políticas de un país sino, esencialmente, con una actitud humana que se origina en lo más profundo de la subjetividad. Y ya veremos por qué.

Generalmente cuando pensamos en inclusión, tomamos una postura auto centrada. Así, incluir, es incluir lo distinto en lo propio, como si lo otro fuese totalmente ajeno a mi realidad. Es decir, podemos sentirnos hasta “bondadosos” con el mal ajeno creyendo que lo incluimos cuando en realidad sólo convivimos con ello en el mismo espacio, pero sin que ello nos toque, nos implique, nos comprometa. En el fondo, deseamos que esa realidad se asemeje a la nuestra para que no nos incomode percibir la diferencia. Cuantas veces escuchamos en las escuelas “Vamos a integrar a ese niño que tiene problemas de conducta, lo invitaremos al cumpleaños”. “Ese niño” ya está encasillado como distinto, es ajeno a la realidad de mi familia y de mis hijos.

Otra de las modalidades en que se entiende la inclusión es la conducción hacia una realidad “normalizada” (es decir sujeta a parámetros convenidos por la sociedad) de la cual soy parte. Es decir, tendemos a uniformarnos, a igualarnos. Dentro de esta realidad, están en Argentina, por ejemplo, los movimientos feministas. Donde pareciera que lo que nos libera es negar la evidente distinción de género. Diferencia que nos ha enriquecido y alimentado mutuamente desde siempre.

Es decir, tanto cuando negamos la diferencia como cuando la señalamos como ajena a nosotros, pensamos que incluimos, cuando en verdad, estamos excluyendo.

Los sujetos nos originamos en un **nosotros primordial**. Tal es la evidencia de la concepción y desarrollo del bebé dentro de su madre. Así, desde nuestro origen, participamos biológica, psicológica, social y espiritualmente de otro ser. Nos originamos en otro ser. No somos ajenos a él, somos partícipes de él. **Somos otros en Otro** que nos da origen.

Esto es así desde nuestro origen porque nuestro arquetipo es el de la creación en **participación del Ser de Dios**. Así no hemos sido creados como “otros” totalmente ajenos a Él (Ser de Dios). Sino en Él (Ser de Dios).

Por ello es que podemos señalar que nuestra realidad subjetiva es unidiversa. Participamos de una realidad común que nos une desde nuestro origen, pero a su vez somos diferentes también desde el origen. Pues el niño presenta una subjetividad única y singular que no es la de su madre (diversa), pero a su vez no puede no ser en su madre (unidad).

Tal realidad es constitutiva de la subjetividad. Pretender darle la espalda a esta realidad representada en el **“paradigma de la unidad en la diversidad”** es una respuesta fallida que nos despersonaliza y aliena.

El paradigma de la unidad en la diversidad nos invita a salir de la **lógica de la “o”** para entrar en la **lógica de la “y”**. Y este es el desafío de Argentina y de todos, creo yo, los países del mundo cuando reflexionamos acerca de la temática que hoy nos reúne.

Así nos lo revela el Licenciado en Psicología, Alberto Fariña Videla, fundador de la Fundación Arché y maestro de todos los que de ella formamos parte, en su libro “Escandalo y Locura”: “La asunción de la “y” como nota vertebradora de la complejidad, entendida ésta como **unidad en la diversidad**, es central... Es tan vertebralmente constituyente que su negación, ya sea que se haga en nombre de la ciencia, de la economía, de la filosofía, de la política, del arte o de la religión, está siempre condenada al fracaso. Y es la realidad de la historia la que nos muestra que, más allá y a pesar de la viva ilusión de querer controlar la

realidad intentando “reducirla” a porciones más manejables, ésta siempre se nos revela como siendo “siempre más” que nuestra voluntad de poder... La historia de la ciencia, de la filosofía, del arte, de la política, de la religión está plagada de estos ambiciosos y puristas proyectos reduccionistas, así como de sus funestas y concretas consecuencias... Esta ilusoria pretensión de control, siempre que se intenta concretarla, utiliza también la misma fórmula: hay que eliminar alguna “y”. Siempre el costo lo paga alguna “y”. Y esto significa, también siempre, pretender eliminar alguna de las diferentes dimensiones constituyentes de la variopinta realidad humana... Explícita o implícitamente, en el fondo de esta nada ingenua y muy peligrosa intención simplificadora siempre está presente y operante el deseo de eliminación de lo diverso para así poder ejercer un mejor control de la realidad. Y este desorden que se observa en las conductas de las personalidades individuales, se comprueba también entre los grupos, las sociedades y las culturas. Sea cual fuese la diversidad que se cuestione en su constitución”.

Así, son las estructuras de poder, ancladas en lo más hondo de la intimidad del sujeto lo que nos hace excluyentes. El ansia de control de la realidad.

Por ello, la invitación sería a evitar dichas estructuras de poder para lograr una lógica de integración que no niegue las diferencias ni las señale como ajenas a la realidad propia.

¿O es que no participamos en alguna medida del espectro de dicho desorden de conducta de ese niño? ¿O de la vulnerabilidad de tal persona? ¿O del camino en la afirmación de la identidad de cada uno, ¿con dudas, confusiones y desviaciones? ¿O de tal a cuál patología? Dicha invitación a disponernos a hacernos partícipes y a vernos participando de la misma unidiversa realidad, es a la que hoy estamos llamados.

Es únicamente y sólo desde este humilde lugar, pleno de verdad, desde donde podremos instrumentar cualquier estrategia, política, ley o acción dirigida a ser siempre más inclusivos.

Leer

Escribir en tres renglones lo que te generó el texto en esta primera lectura.

En una segunda lectura elige uno de los siguientes conceptos (los marcados en amarillo) y desarrolla brevemente lo que te imaginas o sabes al respecto, no busques que sea una definición que concluya y abarque, busca disparadores que busquen incluir la mirada de los demás, en nuestro encuentro